

## LA TORRE DE MENDOZA



Yo no sé cómo no es más conocida la torre de Mendoza por los innumerables viajeros que recorren en los meses de verano las Provincias Bascongadas.

Convidan á visitarla su proximidad á Vitoria, la belleza del paisaje en que está situada, las trazas que aún conserva de fortificación militar de fines del siglo XII ó principios del XIII, y más que nada los gloriosos recuerdos históricos que acuden en tropel á la memoria con solo evocar el nombre ilustre de Mendoza.

No olvidaré yo la primera vez que tuve el gusto de llegar á la histórica torre. Discretos y amabilísimos compañeros de viaje y aficiones me servían de doctos y envidiables guías: la hermosura de un día de otoño, en que la tierra parece que quiere mostrar sus últimas galas antes de cubrirse con el manto de tristeza propio de la estación invernal, aumentaba los encantos del lugar, no lejos del cual pasan dos ríos, el Zadorra y el Zalla, dando al paisaje animación y vida: el tono verde de los campos comenzaba á adquirir esos tintes que quieren ser amarillentos, y que son como preludio de la caída de las hojas: una brisita suave oreaba nuestras frentes, y nos traía perfumes sanos y vigorizadores, esos perfumes que no se dan en parques excesivamente cuidados, sino allí donde la Madre Naturaleza respira con toda libertad y holgura; y frente a nosotros

*incontro lá dove si perde il giorno,*

erguíase majestuosa y severa la sierra de Badaya, infundiendo al ánimo la melancolía que inspira siempre la proximidad de las montañas.

Poco antes habíamos hecho alto en el camino, para ver en la modesta ermita de San Martín de Asteguieta muy curiosas lápidas romanas que forman parte de los muros, y que leyó con la facilidad y tino que le son característicos, uno de mis compañeros de viaje, el docto epigrafiasta D. Federico de Baráibar, descubridor afortunado y sagaz

de antigüedades romanas, continuador de los importantes trabajos del benemérito D. Lorenzo del Prestamero, á quien debe la historia bascongada servicios eminentes que no han sido sobradamente agradecidos.

Cuando llegamos á Mendoza y nos detuvimos ante la histórica torre, yo no sé qué honda emoción patriótica puso en mis labios un candado que me impidió expresar lo que mi alma sentía en tales instantes. Aquella torre había servido de albergue en otro tiempo á muy poderosos señores que á ella vendrían quizás á descansar de rudas fatigas, en aquellos siglos medios en que la vida de los españoles se invirtió entera en luchar contra la morisma; y hoy aquella torre sólo daba hospitalidad á algun aguilucho que en ella se guarecía, seguro de encontrar asilo y de no ser molestado por seres humanos. Y si las paredes no han venido al suelo, y aún se conservan erguidas, no es seguramente porque los hombres hayan cuidado de ellas, nó: al verlas cubiertas de espléndida y compasiva yedra, que ha querido embellecerlas, se comprende que allí desde hace siglos para nada ha intervenido la industria humana.

¡Y sin embargo qué série de recuerdos históricos los que despierta la presencia de aquella torre! Parece que en torno de ella gira todo un periodo de nuestra historia. Los Mendozas figuraban con lustre en la célebre Cofradía de Arriaga, y no dejaban de hacerle sentir su poder é influencia: los Mendozas ocupaban los primeros puestos en la Corte de los Reyes de Castilla, en los ejércitos que guerreaban contra los enemigos de la fe y contra los enemigos de la patria, y hasta en la incipiente literatura castellana de los tiempos medios: de los Mendozas proceden los Duques del Infantado, los Condes de Priego, los Condes de Orgaz y cien otros títulos de bien calificada estirpe: Mendoza se llamó aquel gran Cardenal, que fué uno de los timbres del Reinado de los Católicos Monarcas Fernando é Isabel: Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, procedió también de esta misma familia de los Mendozas, cuya fama realzó con su noble afán por el cultivo de las letras, alcanzando en esta generosa empresa lauros que hacen inmortal su nombre, y siendo precursor de los grandes poetas y escritores del Renacimiento, de cuyas aficiones clásicas fué heraldo en sus imitaciones de poetas latinos, especialmente en aquella sabrosísima del BEATUS ILLE de Horacio, que aparece en su COMEDIA DE PONZA, y que, á juzgar por el sentido de la verdadera poesía de

la naturaleza que en ella palpita, podriase decir que estaba escrita en esta misma torre de Mendoza, tan propia para despertar en almas grandes el gusto de los campos, si no supiéramos que el ilustre Marqués vivió y anduvo en tierras apartadas de esta alabesa de donde su familia procedía; y sin detenernos en enumerar uno por uno todos los Mendozas que han adquirido renombre justo y merecido, ya en el arte de la guerra, ya en el de la política, ya en el de la diplomacia, ya en el más sereno, más apacible, más deleitoso y hasta más civilizador de las letras, porque no hay memoria de hombre que baste á recordarlos todos, séanos licito no pasar en silencio á D. Bernardino de Mendoza, célebre caudillo de las escuadras que en los días del invicto Carlos V enviábamos á luchar en el Mediterráneo con los arrogantes piratas argelinos: y á D. Diego Hurtado de Mendoza, cuyo nombre basta, porque en todas las esferas de la vida y de la acción, sobresalió entre los primeros, y fué grande en todas sus cosas, así en la narración histórica, en que logró emular la casi insuperable brevedad de Salustio, como en sus funciones de Embajador, y hasta en sus ocios de novelista, si es suyo el LAZARILLO DE TORMES, príncipe de nuestra literatura picaresca.

Sólo estos recuerdos son de suyo bastantes para que no sea la torre de Mendoza indigna de recibir la visita de los amantes de nuestras glorias históricas. El infatigable y erudito alabés D. Ricardo Becerro de Bengoa escribió acerca de ella muy patrióticas páginas, á las cuales remito á quien desee noticia más circunstanciada de los MENDOZAS Y SU TIEMPO.

No lejos de Mendoza, y sobre el pueblecillo de Trespuentes, se alza el despoblado romano de Iruña, donde parece que estuvo situada la VENNIA de que nos hablan los geógrafos.

La visita á Mendoza se completa, prolongando la excursión hasta Iruña, donde hallará muy curiosas memorias quien tenga el buen gusto de iniciarse en el conocimiento de ellas, mediante la lectura del primoroso discurso que para el Ateneo de Vitoria escribió en 1883 mi excelente amigo D. Federico de Baráibar, CICERONE insustituible para el que quiera conocer á fondo los restos romanos que aún se conservan en la tierra alabesa.

CARMELO DE ECHEGARAY.

